

—No es mucho, le dije, pues cabalmente hace un año que titulé. —¿Conque es título nuevo? —Sí, señor. —¿Y qué motivo tuvo usted para pretender un título tan extravagante?

—El principal que tuve, contesté, fué considerar que un conde mete mucho ruido en la ciudad donde vive, á expensas de su dinero, y así me venía de molde la Ruidera del título. —Se rió el español, y me dijo: — Es graciosa la ocurrencia; pero conforme á ella usted tendrá mucho dinero para meter ese ruido, y á fe que no todos los condes del mundo pueden titular tan ruidosamente. Antes he oído decir:

Que en casa de los condes muchas veces  
más suele ser el ruido que las nueces.

—Pues señor, en la mía hasta la hora de ésta son más las nueces que el ruido, como espero en Dios lo verá usted con sus ojos algún día. —Yo lo celebro, dijo el español.

Y variando la plática se concluyó aquel acto, se levantaron los manteles, se despidieron de mí con el mayor cariño, y nos separamos.

A la noche fué un criado, que llevó, de parte del comerciante español, un baúl con ropa blanca y exterior, nueva y según el corte que usamos. Lo entregó el criado con una esquelita que decía:

«Señor conde: Sírvase V. S. usar esa ropa, que le asentaré mejor que los faldellines de estas tierras. Dispense lo malo del obsequio por lo pronto, y mande á su servidor. — *Ordóñez.*»

Recibí el baúl, contesté á lo grande en el mismo papel, y en esto se hizo hora de cenar y recogernos.

Al día siguiente amanecí vestido á la europea. En la mesa hubo que reir y criticar con el joven inglés, que era algo tronera, como dije, hablaba un castellano de los diablos, y á más de eso tenía la imprudencia de alabar todo lo de su tierra con preferencia á las producciones del país en que estaba, y delante de Limahotón, el que se mosqueaba con estas comparaciones; pero en esta ocasión, murmurando el dicho inglés el pan que comía, no lo pudo sufrir el chino, y amostazándose más de lo que yo aguardaba de su genio, le dijo:

—Mr., días hace que os honro con mi mesa y días hace que observo que os descomedís en mi presencia, abatiendo los efectos y aun los ingenios de mi patria, por elogiar los de la vuestra.

Yo no repruebo que nuestros países, usos, religión, gobierno y alimentos os parezcan extraños; eso es preciso, y lo mismo me sucedería en vuestra Londres. Mucho menos repruebo que alabéis vuestras leyes y costumbres y las producciones de vuestra tierra. Justo es

que cada uno ame con preferencia el país en que nació, y que, congeniado con sus costumbres, climas y alimentos, los prefiera á los de todo el mundo; pero no es justo que esta alabanza sea apocando la tierra en que vivís y y delante del que os sienta á su mesa.

Si se habla de religiones, vituperáis la mía y ensalzáis la anglicana; si de leyes, me aturdíis con las Cámaras; si de población, me contáis en vuestra capital un millón de hombres; si de templos, me repetís la descripción de la catedral de San Pablo y la abadía de Westminster; si de paseos, siempre os oigo alabar el parque de Saint James y el Green Park... En fin, ya me tenéis la cabeza hecha un mapa de Londres.

Si como os cansáis en alabar las cosas de vuestra tierra, despreciando ó abatiendo las de la mía, os contentarais con referir sencillamente lo que se os preguntara y viniera al caso, dejando que la alabanza y la comparación la hicieran los oyentes, seguramente os hicierais bien quisto; pero hablar mal del pan de mi tierra y decir que es mejor el de la vuestra, cuando éste y no aquél os alimenta, es una grosería que no me agrada, ni agradará á ninguno que os escuche.

Antes á todos hostigará vuestra jactancia y os dirán que ¿quién os llamó á su tierra? Y que si no os acomoda, ¿por qué no os mudáis con viento en popa, como yo os lo digo desde luego?

Diciendo esto, se levantó Limahotón sin acabar de comer, y sin despedirse de ninguno se retiró demasadamente enojado.

Todos nos quedamos avergonzados, y más que nadie el español, quien explicando bien al inglés todo cuanto había dicho el asiático, añadió:— Nos avergonzó; pero tuvo razón, camarada. Usted ha traspasado los límites de la urbanidad. En tierra extraña, y más cuando recibimos favores de los patricios, debemos conformarnos con sus usos y todo lo demás, y si no nos acomodan, marcharnos; pero nunca abatirlos ni ponderar lo de nuestra tierra sobre lo de la suya.

El loitia ha dicho bien. Aunque los panes de Londres, de Madrid y de México sean mejores que el de aquí, éste nos es útil y mejor que ninguno, porque éste es el que comemos, y es una villanía no agradecer el bien que recibimos, tratando de apocarlo delante de quien nos lo hace.

¿Qué le parecería al señor conde de la Ruidera, si yo alabara el vino de San Lúcar, despreciando la bebida regional de su tierra, que llaman pulque? ¿Qué diría si ensalzara el Escorial, la catedral de Sevilla y otras cosas particulares de España, murmurando igualmente de la Alameda, del palacio y otras cosas de las Indias, y esto en México mismo, en las orejas y bigotes de los mexicanos, y quizá en su misma casa y al tiempo mismo en que

me hacía un obsequio? Cuando me hiciera mucho favor, ¿no haría muy bien en tenerme por un tonto, incivil y de ruines principios? Pues en ese concepto ha quedado usted con Limahotón, y á fe de hombre de bien que le sobra justicia.

Si el inglés se avergonzó con la reprensión del chino, quedó más corrido con el remache del español; pero aunque era un joven atolondrado, tenía entendimiento y docilidad, y así, convencido de su error, trató con el español de que satisficieran al japon, como se hizo en el momento, suplicándole saliera, y éste, que en realidad era caballero, se dió por satisfecho y quedamos todos tan amigos como siempre, guardándose el inglés de menospreciar nada del país en que habitaba.

Algunos días permanecimos en la ciudad muy contentos, y yo más que todos, porque me veía estimado y obsequiado grandemente á merced de mi título fingido, y en mi interior me daba los plácemes de haber fraguado tal embuste, pues á la sombra de él estaba bien vestido, bien tratado y con ciertos humillos de título rico, que ya estaba por creer que era de veras. Tales eran los cariños, obsequios y respetos que me tributaban, especialmente el español y el chino, quienes estaban persuadidos á que yo les sería útil en México. Ello es que lo pasé bien en tierra y en la navegación; y esto no lo hubiera conseguido si hubieran sabido que mi título propio era

el de *Periquillo Sarniento*; pero el mundo las más veces aprecia á los hombres, no por sus títulos reales, sino por los que dicen que tienen.

No por esto apruebo que sea bueno el fingir, por más que sea útil al que finge: también al lenón y al droguero les son útiles sus disimulos y sus trácalas, y sin embargo, no les son lícitas. Lo que quiero que saquéis por fruto de este cuento, es que advirtáis cuán expuestos vivimos á que nos engañe un pícaro astuto pintándonos gigantes de nobleza, talento, riqueza y valimiento. Nos creemos de su persuasión ó de lo que llaman *labia*; nos estafa si puede; nos engaña siempre, y cuando conocemos la burla es cuando no podemos remediarla. En todo caso, hijos míos, estudiad al hombre, observadlo, penetradlo en su alma; ved sus operaciones, prescindiendo de lo exterior de su vestido, títulos ni rentas, y así que halléis alguno que siempre hable verdad y no se pegue al interés como el acero al imán, fíaos de él, y decid: éste es hombre de bien, éste no me engañará, ni por él se me seguirá ningún perjuicio; pero para hallar á este hombre, pedidle á Diógenes prestada su linterna.

Volviendo á mi historieta, sabed que cuando el asiático me tuvo por un noble, no se desdeñó de acompañarse conmigo en lo público; antes muchos días me sacaba á pasear á su lado, manifestándome lo hermoso de la ciudad.

El primer día que salí con él, arrebató mi curiosidad un hombre que en un papel estaba copiando muy espacio unos caracteres que estaban grabados en una piedra de mármol que se veía fijada en la esquina de la calle.

Pregunté á mi amigo qué significaba aquello. Y me respondió que aquél estaba copiando una ley patria que sin duda le interesaría. — ¿Pues qué, le dije, las leyes patrias están escritas en las esquinas de las calles de tu tierra? — Sí, me dijo; en la ciudad están todas las leyes fijadas para que se instruyan en ellas los ciudadanos. Por eso mi hermano se admiró tanto cuando le hablaste de los abogados de tu tierra.

— Es verdad que tuvo razón, dije yo, porque ciertamente todos debíamos estar instruidos en las leyes que nos gobiernan para deducir nuestros derechos ante los jueces, sin necesidad de valernos de otra tercera persona que hiciera por nosotros estos oficios. Seguramente en lo general saldrían mejor librados los litigantes bajo este método, ya porque se defenderían con más cuidado y ya porque se ahorrarían de un sinnúmero de gastos que impenden en agentes, procuradores, abogados y relatores.

No me descuadra esta costumbre de tu tierra, ni me parece inaudita ni jamás practicada en el mundo, porque me acuerdo haber leído en Plauto, que hablando de lo

inútiles, ó á lo menos de lo poco respetadas que son las leyes en una tierra donde reina la relajación de las costumbres, dice:

. . . . . *Eæ miseræ etiam  
Ad parietem sunt fixæ clavis ferreis, ubi  
Malos moros adfigi nimis fuerat æquius.*

Arrugó el chino las cejas al escucharme, y me dijo: — Conde, yo entiendo mal el español y peor el inglés; pero esa lengua en que me acabáis de hablar la entiendo menos, porque no entiendo una palabra.

— ¡Oh, amigo! le dije, esa es la lengua ó el idioma de los sabios. Es el latino, y quiere decir lo que oíste: *que son infelices las leyes en estar fijadas en las paredes con clavos de fierro, cuando fuera más justo que estuvieran clavadas allí las malas costumbres.* Lo que prueba que en Roma se fijaban las leyes públicamente en las paredes, como se hace en esta ciudad.

— ¿Conque eso quiere decir lo que me dijiste en latín? preguntó Limahotón. — Sí, eso quiere decir. — ¿Pues si lo sabes y lo puedes explicar en tu idioma, para qué hablas en lengua que no entiendo?

— ¿Ya no dije que esa es la lengua de los sabios? le contesté; ¿cómo sabrías que yo entendía el latín, y que tenía buena memoria, pues te citaba las mismas palabras de Plauto, manifestando al mismo tiempo un rasgo de mi florida erudición? Si hay algún modo de pasar plaza de